

Cobardías

Escribe: CARLOS DELGADO NIETO

No obstante haberse efectuado siendo yo muy niño, recuerdo bien aquella visita de mi tío Luis Arturo en compañía de dos técnicos ingleses que dirigían una exploración petrolera en el río Magdalena. Mi casa no era hotel, ni mucho menos, pero Gandal era un pueblo infeliz en donde no se encontraba un simple hospedaje con una cama aceptable, por lo cual mis padres debieron alojar a mi tío y a los dos extranjeros. La instalación de tres huéspedes simultáneos no resultó muy fácil, y a mí me tocó dormir en el suelo.

En realidad aquel señor que acompañaba a los ingleses, estaba unido a mí por un parentesco muy lejano, pero mis hermanas y yo nos habíamos acostumbrado a llamarlo tío. Mi madre nos había hablado de él, señalando que había partido para Londres hacía muchos años y no se había vuelto a tener ninguna noticia suya. Recuerdo especialmente la escena de la comida. No me explico por qué no encendieron esa noche la lámpara grande, la de pantalla de porcelana, que se hallaba colgada en el centro de la sala-comedor e iluminaba todo el recinto. Se utilizó la lámpara de pie que permanecía sobre una alta consola, en un rincón y que solo me permitía ver a medias a los huéspedes. Culpo a esa lámpara de haberme hecho ver a mi tío tan largo y huesudo, con depresiones faciales que se llenaban de sombra.

Los ingleses eran ambos rubios y de ojos azules, cualidades que nunca se veían en ese pueblo de mulatos que era Gandal. Con cierto orgullo patriótico comprobé que mi tío sobrepasaba a los ingleses en la estatura. No salía de mi asombro al oír a mi tío hablando en un idioma tan ininteligible que no parecía compuesto por palabras sino por ruidos más o menos prolongados, como una telegrafía. Y lo más extraño era que, reuniendo esos sonidos, mi tío pudiera traducir para mis padres frases como esta: Pregunta mister Bond si por aquí ha llovido en estos días, a las cuales respondía mi padre con palabras y ademanes, como para ser entendido al mismo tiempo por mi tío y por los ingleses.

En aquella ocasión no volví a ver a mi tío, pues partió al amanecer del día siguiente. Durante varias semanas, las preguntas que mis herma-

nas y yo hacíamos en la mesa giraron al rededor del tío Luis Arturo: si volvería, cuánto tiempo gastaría en regresar a Londres, y si no se lo comería el mar antes de llegar. Todos los habitantes de Gandal que viajaban, tardaban poco en regresar; los mismos agentes viajeros volvían alguna vez, en ocasiones más pronto de lo que se esperaba. Por ello me producía cierto escozor espiritual pensar en una persona que había dormido en mi casa, quizá en mi cama, que era de mi familia y a quien nunca más volvería a ver. Porque los transportes eran demorados y mi tío estaba ya acomodado a la vida de Inglaterra; además, había declarado que no pensaba volver, y esto no lo ponía nadie en duda, dado el carácter decidido e incluso bastante malhumorado de mi tío.

Pero algo, quizá la primera guerra mundial, desbarató el modesto "modus vivendi" que mi tío había logrado forjarse en Londres, él estaba ya bastante viejo para recomenzar, y regresó a Gandal. Esto sucedió unos seis años después de lo relatado, y aun cuando yo estaba ya cursando el bachillerato, me quedé estupefacto cuando, a la hora del desayuno, mi madre dijo que el tío había regresado la noche anterior. ¿Con los ingleses?, preguntamos los chicos casi en coro. Ella respondió negativamente y con notoria tristeza.

El paseo vespertino con las hermanas, con el cual ganaba yo un salvoconducto tácito para dedicarme en las primeras horas de la noche, a juegos de truhanería con los muchachos del pueblo, tenía un itinerario fijo: en línea recta hasta el puerto de La Generala, donde contemplábamos el río durante un tiempo que mis hermanas se empeñaban siempre en prolongar y yo en acortar; de allí doblábamos por La Albarrada hasta la plaza de mercado, y cerrábamos el ciclo regresando por la calle de La Noria. En el trayecto hacia La Generala, saludábamos a la familia Vanegas, que se hallaba tomando el fresco a la puerta de la casa; en el segundo trayecto eran los Ruidíaz, y en el último los Tapia. Este último saludo, fue todas las tardes, motivo de altercados con mis hermanas, quienes sostenían que yo en realidad no saludaba sino que rezongaba. Y ahora puedo decir que mis hermanas estaban en lo cierto, pues la familia Tapia me parecía la culpable de que yo perdiera las primeras partidas de un juego que empezaba cuando uno de los chicos decía: ¿A cómo vende las mulas? Como es natural tratándose de mulas, el juego era a patadas.

Pues bien, el día en que mi madre nos comunicó la llegada del tío, el paseo vespertino empezó a tener cierto atractivo. Mi madre nos indicó la casa en donde el tío se había alojado, pero nos recomendó que no lo abordáramos, pues su carácter había empeorado. Pronto nos acostumbramos a ver, inmóvil en su mecedora, a ese tío a quien no se le podía hablar.

Ocasionalmente me enteré un día, de que el tío Luis Arturo tenía una hija, pero él había prohibido que se mencionara siquiera el nombre de esa hija en presencia suya. Un visitante se refirió una tarde en mi casa a los muy raros caprichos de mi tío, caprichos que lo llevaban hasta no querer saber nada de su hija. Después de carraspear y revolverse en su silla, mostrando claramente la dificultad que hallaba en decir lo que iba a decir, mi padre se inclinó hacia el visitante para decirle: En esto de la

hija sí tiene razón Luis Arturo. Ella..., terminó mi padre sin terminar y haciendo con la mano la indicación de que algo se echa a volar. El vecino asintió, mostrando que estaba en antecedentes.

Desde entonces quedé con una gran curiosidad de conocer a esa prima. Esta curiosidad aumentó cuando supe que, al contrario de su padre, ella era robusta y rosada. Estas cualidades físicas de mi prima las conocí por el visitante aludido, quien acostumbraba sostener conversaciones conmigo, no obstante la enorme diferencia de edades. Lo de robusta y rosada, no se me quitaba de la cabeza, quizá porque las muchachas de Gandal eran morenas, pálidas y delgadas. A mi informante le pregunté una vez donde estaba mi prima, y me respondió con disgusto: nunca se sabe donde está.

Al terminar mis cursos de primaria empezaron en casa los preparativos para mi viaje a Yarín, capital de una lejana provincia. En la mañana del último domingo que debía yo pasar en el pueblo antes de mi viaje, aquel amigo de la casa me llevó a su vivienda. Contra lo acostumbrado, durante el trayecto se mantuvo callado, y al llegar insistió en que entrara. Al ofrecerme asiento, se mostraba además preocupado, se sentó a mi lado, y después de emitir ese sonido a que apelamos cuando no nos vienen a la cabeza las palabras justas, el buen señor me dijo con la mayor solemnidad: quiero evitar, Andrés, que en la ciudad a donde vas a estudiar puedas ser víctima de una de esas coincidencias horribles. Volvió a emitir el sonido de antes, pero esta vez las palabras no acudieron, y él se levantó para abrir su escritorio. De él extrajo un retrato, y al entregármelo me dijo: la del centro es tu prima Elvira. Yo sentí que enrojecía, y tanto por disimular mi confusión como para conocer bien a mi prima, me doblé sobre el retrato, volviéndole la espalda a mi informante.

—¿Mi tío conoce este retrato? pregunté.

—No lo creo, respondió mi amigo, para añadir: puede decirse que él no conoce a su hija, pues contaba solo cinco años cuando él se fue para Londres, y allá se olvidó de la ayuda económica que necesitaban tanto la niña como la madre. Durante su ausencia solo hizo dos pequeños giros.

El conocimiento de estos detalles de la vida de Elvira, me produjo la impresión de que el buen señor en cuya casa me encontraba había asumido cierta actitud protectora, respecto de mi prima, abrigando quizá dulces esperanzas que de pronto se vieron frustradas. Cuando prácticamente me había aprendido de memoria el retrato, especialmente en lo relacionado con mi prima, quien tendría allí dieciséis años, devolví el retrato a su dueño preguntándole: ¿Es rubia? Sí, me respondió sorprendido, ¿no lo sabías? No, le repliqué, solo me habían dicho que era robusta y rosada. Es inconfundible, me dijo mientras me despedía, y estoy seguro de que el silencio que hizo a continuación fue causado por un suspiro que no quiso hacer notorio.

La tarde de ese domingo, al pasar frente a mi tío, observé que sus manos y su cara iban tomando el color de la paja de su mecedora.

Pasado ya un mes en la lejana Yarín y evacuadas todas esas diligencias y compras que exige la iniciación de estudios, empecé a preocuparme

por conocer a mi prima. Había averiguado ya que estaba “ejerciendo” sin ningún ocultamiento. Varios compañeros de estudio me habían convidado los sábados en la tarde, pero yo había decidido ir solo.

La casa en donde habitaba y “trabajaba” Elvira, estaba colocada en tal forma sobre la calle que los automóviles no paraban frente a la puerta de entrada, y para llegar a esta era preciso hacer un corto rodeo a pie. Se entraba por una ancha galería, con columnas de madera que le daban al establecimiento un aspecto de casa de campo. A la entrada se encontraba, meciéndose apaciblemente en una mecedora, una mujer robusta y rubia. Yo me dije en seguida que esa no podía ser Elvira, pues el encuentro resultaría demasiado fácil. Pero a medida que me acercaba me daba cuenta de que, por mucho que me rebelara contra la casualidad, la mujer de la mecedora era mi prima. Sin embargo, mientras entraba, mi mente superpuso a la imagen que tenía a la vista la de mi tío, también en su mecedora bajo la aburrida tarde de Gandal, exilado del país en donde quería seguir viviendo, derrotado, llenándose de bilis.

Aún no había anochecido, por lo cual la casa estaba sin clientes. La mujer de la mecedora me miraba con insistencia, quizá por la hora en que llegaba; pero yo pasé ante ella saludando en forma muy breve y seguí directamente al bar. Desde el banco en que me instalé, vi a la mujer preocupada por el sujeto que llegaba tan temprano y que había pasado frente a ella sin rendir ningún homenaje a su hermosura. ¿No invitas?, me dijo desde lejos. Yo le respondí afirmativamente, con la mayor gentileza que pude, y poco después estábamos sentados el uno al lado del otro frente al mostrador. Pude apreciar el buen gusto con que se hallaba vestida, la discreción con que se había aplicado los cosméticos y la buena calidad de su perfume. Por hablar algo le dije que era muy atractiva. Como acostumbrada a oír frases semejantes, la mujer respondió solo con un movimiento de la cabeza. Hablamos luego de cosas diversas y sin importancia. Cuando consumíamos el tercer trago, ella concretó lo referente a su oficio diciéndome: ¿No piensas entrar? No, Elvira, le respondí con sencillez.

Al escuchar mi respuesta, la mujer saltó de su banco y se quedó mirándome con la boca abierta, interrogándome con los ojos. Su mirada era cada vez más dura y perpleja, y poco a poco fuí dándome cuenta de que había cometido un error, ya que las mujeres dedicadas a ese oficio no usan nunca su nombre verdadero. Ella dejó de mirarme, y asumiendo con cierto dramatismo la actitud de quien ha sido cogido *in fraganti*, pero al mismo tiempo prepara sus razones, se apoyó con los dos brazos sobre el mostrador. Confieso que la vi muy hermosa en ese momento y empecé a sentirme atraído por ella. Con disimulo saqué dinero para pagar lo consumido y me dispuse a salir. Pude haberlo hecho sin que ella lo advirtiera en el primer momento, pero me parecía una burla, casi una traición. Además, no me sentía capaz de alejarme sin haber tocado siquiera aquel hermoso cuerpo. Me puse en pie, apreté suavemente con mis manos sus dos brazos a la altura de los hombros, acerqué mi cara a su cabeza y salí disparado. Elvira continuaba pensativa, esperando quizá que seguirían las caricias, pero al oír mis pasos se volvió y empezó a llamarme: No, no te vayas; ¡oye!, dijo avanzando hacia la puerta. Yo seguía andando aprisa; ella también se apresuró, y desde el umbral me gritó: ¡Ven! ¿Quién eres?

Las últimas palabras, dichas en tono de ruego, no eran como para aclarar cosas o pedirme guardar un secreto; parecían tratar de establecer un pequeño lazo con algo perdido para ella y que por un instante tuvo —tal vez— la oportunidad de rescatar.

* * *

Todo lo anterior lo he escrito porque cada día me siento más culpable de que mi prima Elvira no haya podido acompañar a su padre durante sus últimos días en el Gandal triste y ardiente. Mi tío, ciertamente, era muy duro y obstinado; ¿pero la vejez tiene sus... cobardías? ¿La hija, para el padre, no es siempre pura? Por lo menos es posible que en presencia de su padre —quien por su porte, su estatura y su color, era como un cirio— ella se hubiera purificado y tomado otro rumbo. También es posible que aquella juventud desbordante de la mujer joven hubiera abonado al terreno de que se malnutría el hombre viejo. Es posible que el buen señor que poseía y veneraba su retrato, hubiera facilitado la solución de dos vidas, o de tres contando la suya que se frustraba en el celibato. Pero ella quizás no sabía que su padre había regresado, y yo pude habersele dicho. Quizás ella le habría escrito a su padre. Quizás este... En fin, ¡quién sabe!